

De Historie fundatorum Scholarum

De rebus

in hunc modum

Un milagro

SI la afición a las bebidas fuertes es parte de nuestra herencia indígena, no así el vicio del juego. El indio americano no era codicioso ni avariento, ni conocía la manera de ganar o perder riquezas interpelando la suerte. En los días lejanos de la conquista nunca pudo explicarse el afán con que el español buscaba ese metal amarillo, que a él sólo le servía para labrar ídolos, extrañas joyas y algunas veces hachas. A la dosis de sangre caucásica que corre por nuestras venas debemos los hispano-americanos la pasión de la baraja y los dados. El Asia parece haber sido la cuna de los juegos de azar. En las tumbas egipcias de la más

remota antigüedad se han encontrado los pequeños cubos de cuya invención se envañecían erradamente los griegos. Con delirio los amaban los romanos y todos saben que sirvieron para jugar la pobre túnica del Redentor. La España de la Edad Media no era menos inclinada a los dados, como lo prueba el Ordenamiento de las Tafurerías del rey don Alfonso el Sabio, y ese país fué el primero de Europa en que se conocieron los naipes. Los conquistadores trajeron a América los demonios de la codicia y del juego. Cuentan las historias que aquellos hombres rudos, de músculos de acero y corazón de bronce, se disputaban el fruto de sus rapiñas con hojas de árboles convertidas en cartas. Llenos están los archivos coloniales de papeles que relatan sucesos ocurridos en torno del tapete verde, y por ellos vemos que hasta los eclesiásticos desafiaban las iras de la excomunión mayor con el cubilete y los cartones en las manos.

Este preámbulo de erudición barata, no tiene más objeto que traer a cuento a un caballero de antaño, para quien no tuvo se-

cretos ningún juego de envite. En su niñez ganaba y perdía cigarillos, granos de cacao y golosinas a la taba, al chócolo y las *cuepas*, robando muchas horas a la escuela, donde la palmeta del maestro suplía las deficiencias del método educativo.

Apenas adolescente fué iniciado por cierto amigo en los misterios de las paradas y las pintas; pero tan sólo crueles experiencias personales le enseñaron a guarecerse de las trapacerías del dado cargado y de su hermano el dado fiero. El monte y el faraón eran para él menos gratos que los huesecillos de seis caras y los gallos. En cuanto a la malilla y la lotería las miraba con desdén, juzgándolas esparcimientos propios de viejas desocupadas y maldicientes y pretextos para beber chocolate.

Con la frecuentación asidua de cuantos garitos y fulleros había en Alajuela, su ciudad natal, más la pérdida de quinientas onzas, adquirió un saber y una maestría que ciertamente no estaban por demás en una época en que el juego era ocupación predilecta de muchos caballeros, de los cuales no

pocos tenían la mala costumbre de corregir la suerte.

Los ojos negros y el corpiño repleto de una doncella linajuda lo distrajeron hacia los treinta años de su vicio favorito; pero cuando la prosa de la vida conyugal hubo disipado en él la embriaguez del deseo, olvidó las promesas de enmienda que le exigieron para concederle la manecita y demás encantos de su novia. Una noche llegó a las once, disculpándose con que se había entretenido en el billar, juego inocente si los hay; tres días después entró a las doce y hubo lágrimas, sollozos y recriminaciones, que sólo pudieron acallar solemnes juramentos para lo futuro; pero no había transcurrido un mes, cuando la desdeñada esposa pasó la noche sola. Desde entonces ésta fué la regla en aquel hogar, del que una pasión innoble había desterrado el amor.

Sin parar mientes en la amenaza que se cernía sobre la cabeza del marido que descuida a una mujer joven y linda, torturada por el despecho y el recuerdo candente de una felicidad desvanecida, pasaba las

noches en claro el empedernido jugador con notable perjuicio de salud y hacienda. Ni los ruegos de su atribulada consorte, ni los amargos reproches de una suegra justamente irritada, ni las reflexiones de amigos verdaderos, lograron desviarlo del abismo de perdición en que cada día se iba hundiendo más y más. «Sólo un milagro puede salvar a ese hombre capaz de jugarse hasta la camisa», decían las buenas gentes, y un milagro lo salvó, si hemos de dar crédito a personas respetables, al parecer enteradas de las cosas sobrenaturales, que yo por mi parte confieso que poco o nada entiendo.

Es el caso que una noche acudió el caballero, como de costumbre, a cierta tahurería que era en aquel entonces el centro de reunión de los jugadores más adinerados de Alajuela. La concurrencia habitual se había aumentado con la llegada de unos ganaderos ricos que traían sendas talegas llenas de oro, producto de la venta de sus reses. El juego no tardó en encandecerse; las paradas crecían a medida que se iban acalorando los contrincantes; las monedas circulaban en

la mesa redonda con un ruido siniestro acompañado del choque sordo de los dados en el cubilete de madera y de las voces alteradas de los tahures; las caras palidecían, los resuellos se cortaban, y los dedos, agitados por un temblor febril, tenían crispaciones de despecho o caían estirados con avidez sobre la presa codiciada. El caballero, que en achaques de juego sabía tanto como el famoso Vilhán, permaneció impasible y en acecho de una buena coyuntura. Estuvo capeando la adversidad con mucha maña hasta las dos de la madrugada, hora en que una serie de suertes le hizo dueño de una buena parte del dinero que había en la mesa. Entonces, a fuer de hombre precavido y familiarizado con las veleidades de la fortuna, emprendió la retirada con gran disgusto de los perdidosos; pero como era bien sabido que no aguantaba pulgas, lo dejaron ir sin chistar.

Al salir respiró con deleite el aire puro y fresco, después de larga permanencia en la atmósfera en la sala de juego, viciada por el aliento humano y las emanaciones fétidas de una lámpara de petróleo. Contento y sa-

tisfecho se dirigió a su casa, sintiendo el agradable peso de las monedas que llenaban sus bolsillos. En medio del cielo transparente la luna se destacaba como un disco de azogue, bañando la ciudad dormida con su luz misteriosa y pálida en el gran silencio de la noche, que sólo rompía el paso firme del jugador afortunado.

De pronto, al llegar a una bocacalle, vió dibujarse una silueta femenina sobre la blancura de una tapia enjalbegada. En aquellos tiempos, una mujer sola en las calles de Alajuela, a las tres de la mañana, era un hecho tan extraordinario que el caballero hizo un ademán de sorpresa y se detuvo un instante; pero luego, impulsado por la curiosidad, se fué siguiendo los pasos de la desconocida, tal vez con la esperanza de que la buena fortuna que lo acompañaba aquella noche le deparase algo más poético que las onzas de los ganaderos. Enardecido por tan grata perspectiva, apresuró el paso para dar alcance a la mujer, lo que no era fácil, porque ésta avanzaba muy rápidamente con un leve susurro de faldas que era una provoca-

ción. Observó que vestía el traje popular, y del garbo de la figura y la agilidad del andar dedujo que era joven. El rebozo, puesto sobre la cabeza, ocultaba las facciones, pero este detalle era un incentivo más para el enamorado perseguidor, que ya se imaginaba ver salir de aquel tapujo una carita seductora con grandes ojos negros.

La tapada siguió su camino sin volver la cabeza ni darse por entendida de la solicitud de que era objeto, y el caballero no tardó en notar que, por más que había alargado el paso, no disminuía la distancia que de ella lo separaba. Empeñado en una aventura que sin saber por qué lo atraía de modo singular, se resolvió a romper por todo echando a correr en pos de aquella hembra, que bien podía ser fea y desagradable. Comenzó entonces una persecución encarnizada. El caballero corría con toda la presteza de sus piernas vigorosas, pero corría en vano, porque no ganaba terreno sobre la fugitiva y ya las fuerzas comenzaban a faltarle. En medio de su carrera loca le asaltó de pronto el presentimiento de algo extraño y terri-

ble, y tuvo un escalofrío al reparar en que la postura de la mujer no era la de una persona que corre. Erguida, sin ninguna moción visible, se deslizaba veloz como la sombra de una nube que arrasta el viento. Por la mente del jugador cruzó el recuerdo de todas las consejas que había oído en su niñez y sus piernas vacilaron; pero recobrándose en seguida hizo un esfuerzo desesperado y dando saltos enormes llegó tan cerca de la fugitiva, que alargó el brazo para echarle garra. En el mismo instante ésta dobló una esquina y desapareció... El caballero se detuvo jadeante, con los cabellos erizados de terror y la sangre helada en las venas.

Luego se repuso y buscó la puerta por donde hubiera podido meterse la mujer. En una distancia de treinta varas no había ninguna, y su espanto ya no tuvo límites al reconocer el sitio donde estaba. Era exactamente el mismo en que por primera vez había divisado la silueta femenina destacándose sobre la blancura de la tapia que la luna alumbraba de lleno. ¿Cómo podía ser esto, después de haber corrido tanto

en otra dirección? El hecho era inexplicable, pero evidente, y lo atestiguaban todos los objetos de los contornos con su silencio pavoroso. El jugador sintió agitarse las alas del ángel de la muerte y, dando un grito ronco, se desplomó sobre el suelo.

Gentes madrugadoras lo llevaron por muerto a su casa, donde los activos cuidados de un médico y de su mujer consiguieron volverlo al mundo de los vivos; pero aquel hombre que no era ningún cobarde, que había peleado bizarramente contra los veteranos de Morazán en 1842, que estuvo en El Arroyo con D. Juan Alfaro Rufz, en El Sardinal con D. Florentino Alfaro y en la trinçhera de Angostura con el general Cañas, no volvió a tocar un dado ni una carta en el resto de sus días, que fueron muchos y felices.

Con el oro de los ganaderos compró una hermosa túnica para el Nazareno de la parroquia, y éste pagó el obsequio colmando de hijos a la esposa del jugador arrepentido, que desde aquella noche nunca durmió sola.

(De su libro *La Miniatura*)

Un santo milagroso

EN poco tiempo había cundido por una parte de la provincia de Alajuela, la fama de una imagen milagrosa de san Jerónimo, de la cual se contaban cosas extraordinarias, por no decir milagros. Los vecinos de San Pedro de la Calabaza y de La Sabanilla se mostraban particularmente entusiastas, y la reputación del santo llegaba ya hasta la propia capital de la provincia, donde, para decir verdad, tropezaba con bastante escepticismo; pero no hay que olvidar que los alajueleños son incrédulos empedernidos. Tuvieran o no razón los conciudadanos de Juan Santamaría en mostrar desconfianza respecto de san Jerónimo,

es lo cierto que ya no había rosario, vela de angelito, ni otra fiesta alguna en que no se hallara el santo de imagen presente. Todos se disputaban la honra insigne de hospedarlo, aunque no fuese más que algunas horas, y sus frecuentes viajes eran triunfales, en medio de lucido acompañamiento que no le escatimaba la música, los cohetes, ni las bombas.

A primera vista la imagen no presentaba ninguna particularidad saliente. Era una escultura tosca de madera, pintada y barnizada, de poco más de un metro de altura. El santo, vestido con hábito de raso, galoneado de plata, estaba lejos de tener el aspecto de un asceta; antes parecía uno de esos frailes barrigudos e incontinentes que han popularizado las cromolitografías catalanas. Pero este detalle en que sólo habían reparado algunos criticones y mal intencionados de la ciudad de Alajuela, no afectaba en nada la devoción de sus adoradores, que no sé hartaban de festejarlo ni de besarle los pies.

Las peregrinaciones constantes de san

Jerónimo acabaron por llamar la atención de las autoridades y aún por alarmarlas; y no por causa de las manifestaciones de fanatismo grosero que provocaba la imagen en las gentes de los campos, que en esto es siempre mucha la tolerancia. Lo que preocupaba a las autoridades provinciales era algo más grave, era el número creciente de escándalos y pependencias que surgían al paso del santo, el cual iba dejando tras de sí una huella de sangre. Festejo donde él estuviera concluía mal de seguro; a machetazos y a puñaladas casi siempre. En el juzgado del crimen se tramitaban varias causas por homicidio; los heridos eran muchos, los contusos legión. El gobernador resolvió entonces cortar por lo sano, ordenando a los jefes políticos y demás subalternos que aprehendiesen a san Jerónimo a todo trance y sin pérdida de tiempo: pero todas las diligencias que se practicaron fueron vanas. El santo se hacía humo después de cada una de sus travesturas, para reaparecer al cabo de algunos días, ya en un punto, ya en otro, cuando menos se le esperaba. Y seguían los es-

cándalos, las borracheras y los machetazos.

Furioso por todo esto el gobernador no cesaba de telegrafiar a las autoridades subalternas para estimular su celo, y éstas ya no tenían reposo buscando a san Jerónimo. Tal era la situación cuando Pedro Villalta, cabo del resguardo de hacienda, dijo una tarde al gobernador, en momentos que se preparaba a salir a campaña con sus guardas:

—No tenga V. cuidado, señor; yo me encargo de traerle el santito ése.

Al oír esto, el atribulado funcionario vió los cielos abiertos y poco faltó para que diese un abrazo a Pedro Villalta; y como el cabo era perro viejo y muy matrero, aquella misma noche anunció el gobernador en la tertulia que frecuentaba que la captura del santo era inminente, afirmación que fué recibida con mucha incredulidad, provocando gran número de bromas y chascarillos.

—El tal san Jerónimo no existe—afirmaba el doctor Pradera—. Es una invención de los sampedreños para ponerlo a V. a correr.

El gobernador picado contestó:

—Ustedes se reirán y dirán lo que quieran; pero desde luego les convido para que le hagan una visita al santo en el cuartel de policía.

—Pues yo apuesto una cena en contrario —exclamó alegremente el comandante de la plaza.

—Aceptado—dijo el gobernador.

*
* *

Mientras la primera autoridad de la provincia daba pruebas inequívocas de la confianza que en su habilidad tenía, Pedro Villalta y sus compañeros cabalgaban silenciosos por la carretera de Puntarenas. Ostensiblemente habían tomado aquella dirección al salir de Alajuela al anochecer; pero cuando llegaron a medio camino del barriquito de San José, el cabo detuvo su caballo y dió la orden de volver atrás. Los guardas, acostumbrados a estos manejos, obedecieron sin chistar. De regreso evitaron la ciudad, siguiendo las rondas completamente desiertas, y dando un rodeo fueron a parar al río

de la Maravilla. Una vez del otro lado del puente, el cabo dijo:

—Ahora, a La Sabanilla.

Después de un rato de camino, Juan Rodríguez, especie de hércules bonachón y muy candoroso, hizo una pregunta:

—Cabo, si vamos a La Sabanilla, ¿por qué hemos dado esta gran vuelta?

Sonaron risas; pero Villalta que quería a Juan Rodríguez por bueno y valiente, le explicó con benevolencia que ese rodeo tenía por objeto evitar que los contrabandistas pudieran ser avisados de la llegada del resguardo. Juan, nuevo en el cuerpo, se sintió lleno de admiración por la astucia de su jefe.

—Esas gentes tienen espías y amigos en todas partes — prosiguió Villalta —, pero conmigo se *friegan* porque conozco todas sus *cábulas* ⁽¹⁾ Esta vez pienso traerme la *saca* ⁽²⁾ de los Arias.

Al oír este nombre los guardas aguzaron

(1) Cábalas, artimañas.

(2) Fábrica clandestina de aguardiente.

las orejas. Los Arias eran nada menos que los contrabandistas más temibles de todo el país. De los tres hermanos, José, Ramón y Antonio, no se sabía cuál era peor. Todos ellos se habían hecho famosos cometiendo fechorías inauditas y dando pruebas de un valor temerario en sus encuentros con el resguardo y en el sinnúmero de pendenencias que suscitaban por donde iban; y había quien dijera que más de una docena de hombres, entre guardas de hacienda y otros, dormían el sueño eterno por causa suya. A pesar de tantas atrocidades nadie pudo nunca echarles garra y los tres hermanos continuaban ejerciendo tranquilamente su productiva industria, porque no sólo destilaban aguardiente en una barranca inaccesible de La Sabanilla, sino que también metían de contrabando gran cantidad de coñac, revolvers y municiones, pasando los bultos por las mismísimas barbas del resguardo del río de San Carlos.

—¿Quiénes son esos Arias?— volvió a interrogar Juan Rodríguez.

—Los Arias son los peores bandidos que

hay en Costa Rica. No permita Dios que te encuentres nunca con ellos—le respondió uno de los guardas.

—Yo no tengo miedo a nadie—replicó con sencillez el hércules bonachón.

—Eso me gusta, Juan—, dijo el cabo que conocía la bravura de su subalterno—. Pero con los Arias no basta tener mucho valor y mucha fuerza; también hay que andarse muy listo, porque son más malos que el *Pisuicas*.⁽¹⁾

Entretenidos en estas pláticas llegaron a Itiquís a eso de las nueve de la noche. El cabo, que iba de los últimos con Juan Rodríguez, sintió los pasos de un caballo que les venía dando alcance y pronto se les puso a la par. Villalta interpeló al jinete cuya presencia se adivinaba, porque no era posible distinguirlo, tal era la obscuridad de la noche.

—¿Hacia dónde camina, amigo?

—Voy a La Sabanilla, ¿y ustedes?

—Nosotros vamos aquí cerca.

(1) El diablo.

— ¡Qué lástima! Hubiéramos podido hacer el viaje juntos hasta la vela de *ñor* Juan Carvajal.

— Conque *ñor* Juan tiene vela esta noche.

— Sí, y dicen que va a estar muy bonita... Buenas noches, señores — añadió el jinete adelantándose.

— Dios lo lleve con bien, amigo — le contestó Villalta.

Y cuando se hubo alejado, agregó entre dientes: «Esta noche pescamos algo. Ese viejo zamarro de *ñor* Juan Carvajal no es la primera zorra que *pela*». ⁽¹⁾

* * *

Muy lucida estaba la vela de *ñor* Juan Carvajal, como todas las fiestas que se celebraban en su casa, porque a más de rico era rumboso; pero aquella noche había querido echarla por la ventana en honor de san Jerónimo, que resplandecía sobre un altar improvisado, lleno de cirios y flores artifi-

(1) Desuella.

ciales. Al anochecer había principiado el reventar de las bombas en el corredor de la casa, y desde fuera subían los cohetes con fuerte resoplido, trazando en el cielo un largo surco de oro candente. Luego traqueaban arriba con estallido seco que repercutía por valles y montes, proclamando a varias leguas en contorno, la gloria de san Jerónimo y la generosidad de su anfitrión

Pasados los rezos, que fueron largos, comenzó el baile con una mazurka que tocaba una música cimarrona compuesta de pistón, clarinete y sacabuche, haciendo uno de esos ruidos que no se olvidan nunca cuando se han oído una vez. No bailaban menos de veinte parejas en la sala, muy adornada con ramas de uruca y tallos de plátano en las puertas y ventanas. En la pieza vecina, sobre una mesa cubierta de un mantel immaculado, había gran cantidad de galletas, rosquetes, quesadillas y pan dulce, sin contar dos grandes azafates llenos de bizcochos y empanadas. Mientras bailaban los jóvenes, las personas mayores que habían rezado a conciencia, iban echando alguna cosilla

al estómago, con acompañamiento de café y chocolate. Entre ellas, muchas habían hecho una larga jornada para venir desde sus casas a la de ñor Juan, situada en pleno campo y a buena distancia de todo lugar poblado; las mujeres en carreta, los hombres a caballo o a pie.

Concluída la mazurka, ña Dominga, mujer de ñor Juan, circuló con una bandeja llena de cigarrillos de papel blanco, poniéndose a fumar todos los concurrentes. En seguida empezó una extraña ceremonia. «Señores—, dijo el dueño de la casa—, adoremos al santo». Uniendo el gesto a la palabra, se acercó a la imagen, y prosternado ante ella, le besó largamente los pies. Todos los hombres, uno tras otro, hicieron lo mismo. Las mujeres se mostraron mucho menos entusiastas y sólo hubo cuatro o cinco que besaran el pie de san Jerónimo. A la mazurka sucedió un vals y a éste otra mazurka, alternando las piezas de música con otras tantas adoraciones del santo; y ¡cosa inaudita! los hombres se iban achispando sin beber, porque en toda la casa apenas

había tres botellas de *guaro* mixturado para las mujeres.

Entre las presentes estaban más de cuatro con muy buen palmito, pero ninguna podía rivalizar con María Carvajal, sobrina de ñor Juan. Muchacha más hermosa no se hubiera podido hallar en toda La Sabanilla ni en San Pedro; y así vestida con su camisa escotada llena de lentejuelas y su saya de lana azul con volantes, era una fruta agreste y apetitosa. Todos los galanes presentes zumbaban en torno de aquel plato de miel, pero casi ninguno conseguía acercársele, porque allí estaba el novio de la muchacha, hombre celoso y de pocas pulgas, que sólo le permitía bailar con amigos de confianza, guardándola para sí casi siempre. Por la cuarta vez bailaba con ella al compás de una horrible cacofonía, en medio de la cual se adivinaban a ratos frases de un vals de Strauss, cuando de golpe cesó la música con un pitazo lamentable del clarinete.

—Alto el baile!—gritó un individuo, plantado con aire insolente en un extremo de la sala. La mano derecha empuñaba el clari-

nete que acababa de arrebatarse al músico estupefacto.

El recién llegado, que parecía tener unos veintisiete años, era un mocetón alto y robusto, de cara que habría podido ser hermosa, a no estar desfigurada por la honda cicatriz de un tremendo machetazo. Los ojos de color indefinido miraban con inquietante insolencia. Vestía chaqueta y llevaba un pañuelo de seda rojo anudado al cuello. Alguien pronunció su nombre: «José Arias», en tanto que él, muy tranquilo, examinaba cuidadosamente a todas las mujeres. De pronto tomó una decisión, devolvió el clarinete al músico aterrado, se fué derecho a María Carvajal, y, sin preámbulo alguno, apartando al aturdido novio, enlazó a la muchacha con sus brazos nervudos y gritó:

—Ahora sí, inúsica, maestro!

Los músicos no esperaron segunda orden y se pusieron a tocar desaforadamente, a la vez que el terrible contrabandista y María Carvajal giraban en medio de la sala, que se quedó desierta en un decir amén. Las mujeres se santiguaban invocando los santos

de su devoción. Los hombres, ardiendo en ira, se fueron en busca de sus cuchillos.

La presencia de José Arias en la vela era del todo casual; ningún habitante de aquellos contornos hubiera deseado tener en su casa semejante huésped por muchas razones: una de ellas, porque cuando a José Arias se le metía entre ceja y ceja llevarse una muchacha a la grupa de su caballo, se la llevaba que no había remedio. Aquella noche iba pasando por allí con un compañero de aventuras, cuando oyó la música y vió las luces de la vela. Su primera idea fué meterse a la casa a caballo, según lo acostumbraba en estos casos; pero como no tenía prisa, pensó luego que era mejor ir por las buenas, limitándose a bailar con la muchacha más guapa y seguir luego su camino. Tomada esta resolución pacífica, dijo a su compañero que lo esperase un momento, echó pie a tierra, se quitó las espuelas, y como no meditaba ninguna pendencia, las colgó en el pomo de la silla junto con el largo cuchillo de cruzeta que se desprendió de la cintura.

Ya se ha visto de qué manera entendía

José Arias lo de ir por las buenas. Su natural fiero y semisalvaje no admitía ningunas formas y sólo sabía obrar a impulsos de sus deseos y caprichos. De aquí que no comprendiese bien el alcance de su acto agresivo y que se sorprendiera al ver entrar varios hombres con los cuchillos desenvainados.

—¡Ah, coyotes!—gritó soltando a la muchacha que temblaba de miedo—. Ahora van a ver quién es José Arias.

Con rápida resolución de hombre que no se acobarda, echó una mirada en torno buscando un arma con qué defenderse. No viendo cosa mejor se abalanzó hacia el altar y arrancó la imagen de un tirón. San Jerónimo pesaba horriblemente, pero el contrabandista, dotado de un vigor excepcional, lo levantó con ambas manos y sin esperar a sus adversarios arremetió contra ellos. Estos ya no osaban atacarlo. Sólo el novio de María Carvajal le descargó una cuchillada que cayó como un hachazo sobre la cabeza del santo.

—¡Los guardas! ¡Los guardas!—gritaron varias voces desde fuera.

Como por encanto se escabulleron los agresores del contrabandista. En aquel momento penetró Juan Rodríguez revólver en mano; más apenas tuvo tiempo de decir: «Dese preso», cuando el pobre cayó descalabrado por un formidable santazo. Con la agilidad de un gamo pasó José Arias por entre los guardas sobrecogidos. Un minuto después galopaba saludado por los tiros que le disparaban Villalta y su gente; y como algunos querían perseguirlo para vengar a Juan Rodríguez, el cabo, que sabía qué clase de caballos montaba el bandido, les dijo sentencioso:

—Es inútil por hoy, muchachos. Quedémonos aquí, porque más vale pájaro en mano que ciento volando.

¡Y qué pájaro tan gordo habían atrapado los guardas! Nada menos que el inhallable san Jerónimo, que yacía a la vera del pobre Juan Rodríguez, al cual sus compañeros ayudaban a levantarse. El cabo se quedó absorto examinando el santo. De pronto dió un grito de alegría:

—¡Ya pareció el peine! ¡Ya pareció el

peine!—exclamaba a la vez que hacía mover un ingenioso mecanismo, disimulado en un dedo del pie izquierdo de la imagen y por el cual salía un chorrillo de aguardiente clandestino. ¡San Jerónimo sangraba *guaro*!

Y Pedro Villalta, más contento que si hubiese descubierto las Américas, alzó la imagen y volviéndola a poner sobre el altar, dijo a sus compañeros maravillados:

—Muchachos, adoremos al santo—y para dar el ejemplo besó con devoción el pie del bienaventurado.

*
* *

A la noche siguiente, gimiendo san Jerónimo con la cabeza rota en dura prisión, el gobernador de Alajuela y sus amigos cenaban alegremente, invitados por el comandante de la plaza que había perdido su apuesta.

(De su libro *Cuentos Ticos*).

De León Fernández Rodríguez

Las estaciones... a pinceladas

Las estaciones... a pinceladas

I

DOS rayos en seco hacen exclamar a la abuela con gran prosopopeya: «se fué el invierno», pues no pierde oportunidad la buena anciana de manifestar sus conocimientos del tiempo. Y, a propósito de la tormenta, vuelve a contar, por centésima vez, la historia aquella de las dos niñas de Alajuela, quienes, estando en una ventana enfrascadas en la lectura, recibieron la muerte instantáneamente por un golpe de rayo.

—¿Y era centella?, prorrumpió uno de los

niños que la escuchaban, presa del mayor pánico.

—Yo no la vi; pero los que estaban cerca aseguran que, después de matar a las dos hermanitas, siguió saltando sobre la tierra como un venado de fuego. La que sí estoy cierta que era centella fué la que cayó un día de San Juan en el altar de la iglesia de Alajuela, dejándole carbonizado en castigo de no haberse hecho ese año fiesta al Patrono de la ciudad.

—¿Y qué será bueno, abuelita, para los rayos?

—Yo en Alajuela tenía siempre mi *palo* de uruca cerca de la cocina, y jamás se acercó por casa ningún rayo; pero aquí en esta estrechez de San José está uno expuesto a morir cualquier día repentinamente. Yo no veo la hora en que me vuelva para Alajuela. Aquí no se puede vivir. Ya verán ustedes, apenas seque el tiempo, nos quedamos sin cocinera, porque se va para las Pavas a coger café. En Alajuela cada uno tiene su cafetalito, apenas para el gasto y cuando llega el tiempo de cogerlo

toda la familia se traslada al *cerco*, y en un solo día queda hecha la cogida. *Tat...* (iba a decir *tata*, pero enmendó). Papá nunca buscó *cogedoras*, ni peones; él mismo, con los muchachos, hacía todo el trabajo: la cogida, la junta, la *repela* y hasta la poda.

II

Heredamos de nuestros antepasados, los campesinos, la costumbre de celebrar los matrimonios los sábados. Pero en la capital, para que la fiesta sea *chic*, debe verificarse en diciembre. Por ese motivo hacia fin de año son muy frecuentes las conversaciones del siguiente tenor:

—¿Vas al matrimonio de Márgara?

—No pienso ir. *Imaginate* que ni siquiera me invitó. El sábado nos vimos donde las Tapia, y por puro compromiso me dijo: «por allá te espero». Mas en casa no han recibido invitación.

—¿Será que ha sido muy reducida?

—*¡Qué va!* Desde noviembre invitaron

toda la *cordillera* del barrio de Amón, porque saben que esa es gente que se apunta con buenos regalos.

—¡Oh familita más *averiguada!*

—¿Y *vos*, sí vas?

—Pensaba, porque al fin hemos sido buenas amigas con *Mayo*; pero, me cuenta *Polón*, que no habrá baile. Y, francamente, no vale la pena tener el costo de arreglarse por sólo el desposorio.

—¡Qué gente más *agarrada!*

—Y el viejo tiene plata, pero está *escondiendo la leche* desde el último incendio, pues asegura que perdió.

—¿Y qué tal es el novio?

—Yo apenas lo traté un momento en el baile a los marinos británicos en el «Golf Club». Y por cierto que había estado creyendo que ese muchacho era uno de los emigrados peruanos, hasta que supe que es de Heredia y que está muy bien colocado en el Gobierno.

—¡Qué ánimo de gente! ¡Casarse con empleados que el día menos pensado *se quedan colgando!* Yo, de casarme ha de ser con rico,

aunque no le quiera. Acaso mi hermana estaba enamorada de Mr. White, y *andá* ve la gran vida que se da. Yo creo que la mujer para vivir tranquila no debe querer mucho al marido. ¿Que no llegó una noche? Mejor. Más bien duerme. Y a propósito, ¿*cuándo comemos torta* en tu casa?

—Será para el otro diciembre, porque Eugenio es el único hombre de la casa, y tiene que mantener toda la familia. El dice, que si me parece, nos casamos, para seguir viviendo en la misma casa; pero yo, aunque lo quiero, no me resigno a vivir con la suegra; pues si bien ella se muestra muy deferente conmigo, dicen que en la intimidad es donde se manifiestan las personas tal cual son; y doña Casilda parece que tiene un geniecito de la *trampa*. El mismo *Guego* me lo ha confesado. Te decía, pues, que mi novio ha comprado unas pertenencias de petróleo, y que según le ha dicho don Leonidas, para el año entrante puede tener una renta de trescientos dólares mensuales; y ya *vos sabés* cómo está el oro por las nubes.

—Bien dicen que no hay que desconfiar

de hombre pobre ni de caballo flaco. Y *tenés* razón. Yo, de casarme para vivir *arrimada*, prefiero quedarme soltera. Y ya no soy una *pollita*. A *vos* te consta que estoy entrada en los veinte.

—¿En los veinte y cuántos...?

—Te lo juro que no tengo más. Es que la tifoidea me ha dejado muy arruinada. De todas maneras, mi boda ha de tener las siguientes condiciones. El novio rico y galán. Entre los veinte y los treinta. De buena familia. Inteligente y con automóvil. Ha de casarnos el Arzobispo Otón; y entre los padrinos han de figurar el Presidente de la República y dos Ministros, por lo menos. Matrimonio de noche y con baile. Que en el momento de darnos las manos la orquesta de Repetto ejecute, con sordina, la serenata de Titll. Y después, viaje de bodas al extranjero.

—Amén.

—Entonces nos vemos en la entrada.

—*Pasá* por mí.

III

Ya rompen los nortes. Bandadas de mariposas llenan los aires y en procesión interminable desfilan hacia el Sur. Ya no es posible que los niños en la escuela presten atención a las explicaciones de la maestra. Hay en el ambiente una como renovación de vida. Y los párvulos quieren respirar el oxígeno a pulmón lleno y correr por las calles tras las mariposas.

Ya el veraneo es la conversación favorita de los círculos sociales. Pero de la capital nadie sale antes de las fiestas de fin de año. Y es que nuestras damas necesitan dar el golpe de gracia durante los jolgorios públicos. Mas, en pasando éstos, es de rigor emprender algún viaje al campo, aunque no sea más que en el campo que ocupa una gacetilla de periódico. La cuestión es pagar el tributo a la moda, y luego aunque la tal temporada sea un desastre.

Y si bien la ciudad queda desierta, en

cambio nuestros campos se alegran con la bulliciosa presencia de las josefinas y con la llegada dominical de los *pollos*. Desde el sábado hay que ponerse polainas o portar algún otro distintivo de equitación, como sombrero a grandes alas o *tajona* de guayacán.

Y ya no es sólo en la capital. De las otras ciudades también salen las familias para «El Monte». Porque es de advertir que todas las provincias tienen su «Monte». Heredia tiene el suyo; Alajuela también. Y por eso, tan pronto llega el verano, todos los moradores de las ciudades *tiran* al monte, como cabras.

Y aquí hacen su agosto (o, más bien dicho, su enero) los campesinos, explotando a los visitantes a como den lugar: cobran desproporciones por alquiler de sus tristes viviendas; elevan al doble el precio de los granos y de las frutas; y si los visitantes celebran alguna fiesta, ellos no esquivan su presencia, porque saben lo pródigos que son quienes no han tenido que amasar su haber a gotas de sudor.

Pero no hay lugar más favorecido por el veraneo que Puntarenas. Y es muy justo. Los puntareneños pasan todo el invierno como crisálidas. No hay fiestas. No hay alegría. Todos yacen como en un sueño, aguardando despertar con las alboradas del año que se avecina. Las bellas sueñan con atrapar algún visitante millonario y los galanes del puerto pasan todo el invierno rumiando las fuertes impresiones que recibieran en la temporada anterior y prometiéndose para la próxima alguna conquistilla fácil, en su calidad de gallos de patio. ¡Los baños de Puntarenas! ¡Ríase usted de las astucias de los *tiburones* de «La Geisha» para atisbar la conformación de nuestras damas, al tomar el tranvía o al pasar los desagües! Allí quedan satisfechas todas las curiosidades. Sólo se lanzan muy arropadas al agua las que fueron muy poco favorecidas por Natura.

Los que no salen al campo se quedan en las ciudades para protestar de todo: protestan de las regaderas, que debían salir sólo de noche; de la *Banda*, que no debía

tener vacaciones; protestan de la Policía, del Presidente, y hasta del Congreso, aunque no esté reunido.

Tales son las principales manifestaciones de la vida que nos indican que ha entrado entre nosotros la estación seca, ya que la Naturaleza nos da la primordial característica del verano, la suspensión de las lluvias.

IV

El Otoño se manifiesta entre nosotros, como en otras partes, por la caída de las hojas de los árboles: pero aquí, fuera de los *parqueros*, nadie se da cuenta de este fenómeno.

Primavera es sinónimo de juventud, pero no es en Costa Rica una estación definida, pues, según la gráfica expresión de los naturales de países donde en verano hay muertes por insolación y en invierno por exceso de frío, «vivimos en eterna primavera».

Fuera de algún *dandy* que tiene su *flux*

claro, calzado blanco y sombrero de pita listos para disfrazarse, como en los bailes de fantasía, de verano, en cuanto comienzan a soplar las primeras brisas de diciembre, nadie se cambia de traje porque haya variado el tiempo.

El *patillo* sigue descalzo; el obrero en camisa, y el empleado público con su vestido oscuro, humilde, pero con cierto lustre respetable que le ha dado el uso constante.

V

Y entramos en el invierno.

Desde el castigo de los cuarenta días y cuarenta noches de diluvio, los frívolos toman las lluvias como una maldición o como una impertinencia de los cielos.

Pero el yigüirro, en cambio, a las cinco de la mañana comienza a entonar sus cantos al Eterno en demanda de agua, porque sabe muy bien que con las lluvias se cubren los árboles de flores para dar luego el fruto apetecido.

El campesino desea el agua de mayo, porque desde el mes trasanterior tiene lista su parcela para la siembra, y sólo espera con impaciencia las primeras lluvias para depositar la simiente en los surcos.

El rico hacendado teme que el invierno entre vacilante, porque entonces no cuajará la fruta de sus cafetales, ya *vestidos*.

Y el finquero, que ha empleado todo su cañal en el mantenimiento del ganado, pues el *potrero* ya estaba *en tierra*, observa con atención los signos del tiempo, con la esperanza de encontrar algún indicio de próxima lluvia.

De ahí las rogativas que celebran los fieles en demanda de las aguas, cuando se tardan.

Y, a propósito de rogativas, quiero dar un consejo muy práctico para que ellas tengan buen éxito. Una vez se ensayó este sistema de rogativas en Alajuela, y dió tan buenos resultados que, desde entonces, no se practican de otra manera. Se llena un pliego con las firmas de todos los petentes, se coloca dentro de un petardo y se despacha

la solicitud a los cielos, Si el Señor no se conmueve a la primera bomba, se dispara otra, y así sucesivamente, hasta que San Pedro comience a lagrimar.

Y con la entrada del invierno se vuelve a desarrollar la cinta cinematográfica de todos los años.

Las indispensables *mojadas* de los primeros días, pues nadie se resuelve a comprar paraguas hasta que le haya pasado algún chasco; la venta por las calles de mangos y aguacates de Alajuela (aunque no lo sean); el eterno grito de «nances dulces» en todas las esquinas; el invariable discurso de Carlos Díaz en el Congreso: «Señores Diputados: el granero de la República está incomunicado con la capital; pido cien mil colones para componer el camino al Puriscal»; la Semana Santa; las meriendas de *elotes*; las inundaciones; la pérdida del puente de la Barranca, arrastrado por una creciente; la interrupción del tráfico con Limón, por motivo de los derrumbamientos en la línea; el 15 de Septiembre y la Fiesta de la Raza.

Los pobres *mestros* de campo son los que no se avienen con el invierno. Porque no les agrada vivir en su circuito escolar, sino que desean volver a la ciudad, después de dar sus lecciones. Pues con los campesinos no pueden discutir (que es lo que más gusta a los maestros), dado que los sencillos labriegos a todo dicen que sí, exceptuando cuando se les pide dinero.

VI

En lo más recio del invierno son muy frecuentes episodios de este corte:

En un corredor de campesina morada se entabla entre la maestra de la localidad, que desea regresar a su casa, y Sotero, —rústico labrador de grandes conocimientos metereológicos, pero que, por temor de desagradar a su interlocutora, no sostiene sus opiniones al respecto—, el siguiente diálogo:

—¿Lloverá hoy?

—Sí llueve.

—Pero, ¿no cree usted que aquella nu-

becilla pronto será disipada por el *viajero de la atmósfera*, el viento?

—Puede ser que no llueva.

—¡Y si me lanzo al camino y a media jornada me sorprende *el líquido elemento de los cielos!* ¿No cree usted que si tal acontece pueda pillar una pulmonía fulminante?

—Hay mucha agua suspendida. Es muy posible que llueva.

—Ayer opinó usted de la misma manera, y, sin embargo, hizo una tarde espléndida.

—Tal vez no llueva hoy.

Con esta esperanza la susodicha *mestra* de un salto monta sobre su escuálida *zaraza* y toma rumbo hacia Alajucla, con el propósito de llegar a la hora del *recreo*.

Mas no ha caminado media hora cuando se desata una lluvia torrencial, con fuerte acompañamiento de rayos, una de esas interminables tempestades atmosféricas tan frecuentes en Alajucla.

La *mestra*, estoicamente, continúa caminando, despacio, porque no hay manera de que su yegua salga del *trabado*: mas, ni por un momento piensa en abrir su paraguas,

a pesar de los *chuzos* de agua que recibe. Hasta que un caminante, viéndola en tal estado, le grita, «¡Señora! ¿por qué no abre el paraguas?»

—Porque el *fluido celeste* descarga en las puntas, y de preferencia en las puntas metálicas, como la de mi sombrilla, contesta la mojada preceptora, muy satisfecha de sus conocimientos físicos.

Y siguen las maldiciones al invierno, para luego protestar también del verano.

(Envío del autor)

De Arturo García Sclano

Crepúsculo del Jardín

Anochecer del Villorrio

Crepúsculo del Jardín

A LISÍMACO CHAVARRÍA

Pobre jardín! Pobre jardín ya muerto.
Pasó por ti la daga del olvido
destruyendo el verdor y colorido
del tiempo aquel en que soñé despierto.

Ayer te ví con gotas de rocío,
heraldo de sonriente primavera,
y se cubrió de flores la pradera,
¿Sólo tú, en tanto, permaneces frío?

—Escucha, dijo un alto girasol,
levantando su cáliz sobre el tallo,
del risco y la maleza soy vasallo,
y no puedo seguir el rumbo al sol...

Las otras flores, dulces compañeras,
hace tiempo que todas sucumbieron,

y las álulas todas se tiñeron,
con el polen fugaz de mis anteras.

Al viento que venía desde el llano
se desgranaron todas las espigas,
obligadas por míseras fatigas
que trajo la sequía del verano...

Después cayeron rientes tulipanes
cuando apenas sus pétalos abrían...
¡Cuando apenas la vida recibían
la muerte puso fin a sus afanes!

¡Ya ves...! Hoy el dolor sus galas viste
y el olvido fundó su monarquía,
porque aquí, donde siempre fué alegría,
todo está mudo, desolado y triste...»

—Tú, que interrogas el rayar del astro
y excrutas el azul de otros confines,
no recuerdas la mata de jazmines
que cosechaba flores de alabastro?

Se deshojaron las fragantes rosas
que en el suelo formaban una alfombra,
y que daban en torno densa sombra
hacia la que iban albas mariposas.

Los jazmines de nívea porcelana
doblegaron sus ramos en la pila,

—los que formaban una larga fila
con orlas de luciente filigrana.—

Se alzó de nuevo la parlante flor
y me dijo: «¡Lo negro es el olvido...!
Yo pensé que lo hubieras comprendido,
cuando te hallabas ebrio de dolor...»

La tarde que hacia el este se fugaba
se halló bañada en lastimoso llanto,
y hasta el yigüirro preludió su canto
mientras la flor sus pétalos cerraba...

(De *El Correo del Poás*)

Anochecer del Villorrio

El crepúsculo arropa el caserío
con su rubia y sedada cabellera,
y refleja su sombra postrimera
en el cristal del espumoso río.

Se abren los frutos del hayal sombrío,
y en el árbol, el ave cancionera
musica su cantiga bullanguera,
que arrastra el viento de la noche, frío.

Cae la tarde: el villorrio se adormece
bajo la sombra negra, que florece
en la rugosa vecindad del cielo;

y aparece la luna luminosa,
ceñida con las perlas de una diosa,
entre un collar de nubes terciopelo.

(De *La Opinión*)

De Miguel González Soto

Pasionaria

Acuarela

El Centenario

Pasionaria

A la memoria de la señorita
MARÍA TERESA RODRÍGUEZ.

Llamó!... Llamó a la Puerta de la Gloria
y el Angel del Dolor le abrió la puerta...
Quedó en la tumba la materia yerta
y en el mármol grabada su memoria.

Principio y fin de la doliente historia...
¡Triste resumen de la vida incierta!
Un sepulcro... recuerdos de la muerta;
la nada ingente, lobreguez y escorial!

Una madre que llora entristecida,
sentimientos en lágrimas cuajados;
una vida se apaga... y otra vida

que comienza en los campos ignorados,
en los páramos yertos, desolados
de la muerte en la tumba lobrecida...

(De *El Correo del Poás*).

Acuarela

Viendo su cabellera destrenzada
dejando libres los dorados rizos,
me figuro una tarde iluminada
teñida de celajes movedizos.

Como un arco de fuego, sus pestañas,
de sus ojos oprimen los cristales;
cual dos lagos cercados de montañas
con las cimas pobladas de trigales.

Contemplando sus labios—me parecen—
estrofas saturadas de carmines,
o dos rojos claveles que se mecen
bajo un palio florido de jazmines.

Y viendo en su alba faz—tan hechicera—
como en lienzo, jugando tres colores:
se me antoja que es ella la bandera
y yo el soldado que le rindo honores.

(De *Páginas Ilustradas*).

El Centenario

Hoy cumple nuestra Nación
veinte lustros de existencia
¡Cien años de independencia!
¡Un siglo de redención!
Y el Nacional Pabellón,
con sus vistosos colores,
parece un ramo de flores
en la frente de un león.

Para la Patria Indo-hispana,
mil ochocientos veintiuno
memorable, cual ninguno,
representa la mañana;
porque aquel año engalana
las páginas de su historia,
y en él se cubrió de gloria
la tierra americana.

Quince de Setiembre hermoso,
primer día de libertad
del primer año de edad
de este suelo venturoso.
Fecha de nombre glorioso
que coronó los anhelos
de nuestros caros abuelos
con el triunfo más ruidoso

Cien años hace que un día
en esta preciosa fecha
al conjuro de fiat! fué hecha
la Madre Soberanía!
Un siglo hace... quién creería!
que con sublime demencia,
«*El Acta de Independencia*»
el sabio Valle leía.

Conservemos la heredad
que costó a nuestros mayores
tanto afán, tantos dolores,
por darnos la libertad.
Que la excelsa majestad
de la raza, independiente,
se confunda eternamente
en una sola entidad.

Viva la Patria Indo-Ibera
que al gran ideal se encamina
de la Unión Indo-latina,

bajo una misma bandera
Que surja radiante esa era
en una fecha temprana;
y en vez de América Hispana
se llame América Entera!

(Envío del Autor).

De Carlos Jinesta

Esquilo y el Aguila

Topacio

Esquilo y el Aguila

EN el picacho, cerca del nido pleno de aguiluchos, el águila miró un momento en torno de sí.

Se embriagó de espacio.

Después afiló su pico en la roca, cual el verdugo su hacha, desplegó las potentes alas y, con vuelo inclinado, descendió al valle, rumbo a la playa...

Transcurrieron horas.

Ya picaba el sol.

De pronto, en el cielo apareció el ave.
¡Cuán obsesionante!

Había devorado una tortuga y, como trofeo de su hazaña, traía a los hijos, en el hierro de sus garras, el caparazón del que-

lonio. Y aconteció que en mitad del camino, quizá adrede, soltó el carapacho que vino a tierra con suma celeridad, causando mortal herida en la cabeza de Esquilo, el trágico, quien andaba de paseo en busca de emotivas e ideales impresiones.

Días andando, aquella concha la aprovechó un zagalillo, de rizados cabellos blondos, para construirse un laúd, a cuyos mágicos acentos, bajo el ensueño de los atardeceres eglógicos, se adormecían los pastores con cierta candorosísima dulzura y con cierta dulcísima candorosidad, para despertar luego, ¡oh mudanza!, atormentados por la visión *del águila del más allá*, que, como el buitre de la leyenda, le arranca las entrañas a más de un humano Prometeo...

(De *La Prensa*).

Topacio

MAMÁ, ya esto no se puede soportar...
Mire! Mire Ud., por Dios!

Y Ondina, una pequeñuela adorable, como racimo de uvas del valle Senaar, mostraba a su madrecita el vestido recién estrenado, todo lleno de agujeros y rasgones.

¿Qué animalillo despreciable le destruía el trajecito rosa té, tan cuco y bonitillo?

La madre de Ondina, con el objeto de poner coto a tamaño mal, dispuso mudar de sitio la delicada prenda.

La chiquilla, conforme, se fué al jardín a jugar con el jilguerito domesticado, que en ese preciso momento deshojaba ramilletes de frescos gorjeos. Al pajarillo, bajo las

horas de sol, le contó lo acaecido, con lentitud, con suavidad. La avecilla, al sentir el cosquilleo que le producía en sus oídos la voz de su dueño, movía la cola, rítmicamente.

Transcurrieron semanas.

En una tarde perfumada y roja de amor, Ondina, con los ojos anegados en lágrimas, de nuevo enseñó a su mamá el vestido rosa té. El daño seguía en aumento. Su trajecito parecía ahora un disco de pianola. Habráse visto...

La madre indagó sin encontrar al detestable autor.

Pasó el enojo.

Y Ondina, como siempre que deseaba comunicar sus disgustos o sus regocijos, encaminóse al jardín ansiosa de ver al alado amigo.

Lo llamó.

—¡Topacio, Topacio!

Este, cosa extraña, no acudía.

—¡Topacioooo...!

El jilguero no aparecía. Lo buscó, veloz como una alondra, con el corazón palpitante, descompuesta la faz.

Cuando iba a lanzar el grito al cielo, lo descubrió, hecho un ovillo, entre las ramas de un naranjo en flor.

Alegría!

—Conque esas tenemos...

Y al irlo a coger, el muy pillo se escondió en una especie de arandela, en una concha...

Sí, sí, se metió en un nido.

Topacio tenía un nido!

Y la niña, bajando una rama, examinó el minúsculo lecho, curiosa, feliz, triunfal. Por dentro estaba hecho de un tejido fino, raro... Nada, nada. Allí se hallaban los pedacitos que faltaran al vestido rosa té.

—Ajá! Muy bien. Tú eres el ladronzuelo... Caballerito socarrón...

Y Ondina acarició a la avecilla que brincó a sus tibios hombros, y extendiendo las alas, rompió a cantar divina y maliciosamente...

(De *Nous*).

De Ricardo Jinesta

La Sarda

El Amor

De Ricardo Jimenez

El Autor

El Editor

La Sarda

LA llanura se ocultaba arropándose con las nubes indolentes. En el horizonte, aparecían pequeños arcos luminosos: un monstruo de fuego, huyendo de las tinieblas, se deslizaba en el abismo dejando tras de sí débiles ondas de luz.

Pero las sonrisas luminosas del crepúsculo desaparecieron y, con ellas, la calma nazarena de los campos. La naturaleza estaba inquieta. El viento sacudía con furia la selva, que protestaba iracunda haciendo sonar la cabellera de su follaje.

Vino la tempestad.

Lloraban copiosamente las nubes, y zig-zags de fuego cortaban el firmamento mientras el eco repetía el estruendo aterrador de la

rugiente tempestad. El río que cortaba los campos se hacía a cada momento más caudaloso, llevando en su braveza indómita muchos árboles arrancados de cuajo en las riberas, y produciendo horrendo ruido ensordecedor, como si hubieran sido agitadas a todo vuelo las campanas de cien iglesias parroquiales.

Bramando de tristeza, el ganado buscaba amparo en las selva.

Una vaca, que caminaba con dificultad a través de los zarzales, se situó bajo el follaje de un quizarrá secular, cuyas ramas, forzadas por el viento, besaban el suelo poblado de helechos.

En una ramita, envuelta en musgo, que nacía en la base del árbol, un jilguero hembra velaba, con las alas extendidas, proporcionando abrigo a sus hijos, delicados y adorables. De cuando en cuando cantaba con dolor y dulzura.

La vaca solía extender la cabeza en dirección del nido, y parecía comprender los temores que inspiraba el instinto maternal. ¡Qué de congojas, qué de súplicas querría significar con su canto, saturado de amor y de poesía!

Aumentó la noche las proporciones de la tempestad.

La endeble rama era agitada por el viento. Momento de suprema angustia. Falseado el débil sostén, y sin que los esfuerzos de la madre pudieran conjurar el peligro, cayó el nido con su preciosa carga sobre la hierba.

Quedó el hogar frente a la vaca que parecía contemplar con ternura a la madre y se deleitaba con su canto.

A poco respiraba la vaca fuertemente, calentando con su vaho a la primorosa familia colocada por el azar en la hierba, rodeada de helechos.

*
* *

Al amanecer del siguiente día, la tempestad había cesado. La brisa llevaba al través de la llanura los trinos de los pájaros: y sobre las montañas aparecían túnicas de rosa y palmas de oro.

El ganado era llamado a grandes voces

por los trabajadores de la almunia; y un mozo halló, junto al quizarrá majestuoso de la selva, a la vaca más hermosa, que se ocupaba todavía en vahar a los pichoncitos y a la agradecida madre que cantaba con dulzura y amor.

A los gritos del arreador, la pájara voló a una rama vecina y su protectora de la noche se alejó...

Caminaba el vaquero contemplando satisfecho la ubre inmensa de «La Sarda», y al oír los gritos de los pichoncillos puso colérico un pie sobre el nido, dejándolos moribundos, y continuó su marcha por entre el bosque.

Los pájaros piaban desesperados, y la res volvía con frecuencia la cabeza, bramando fuertemente como si suplicara misericordia.

* * *

Esa mañana, «La Sarda», el ejemplar más hermoso y manso de la vacada, escondió la leche...!

(De *El Renacimiento*).

El Amor

QUÉ misterio tan grande, encierra el amor, que todo lo avasalla, que se lleva en pos de sí, alegrías y vidas; que pide todo, que todo lo arrastra, y que, cuando no logra su objeto, salta como una fiera herida, loca de dolor, deseosa de venganza? ¿Será superior el amor a la gloria, al honor, a la vida misma, ya que todo se sacrifica en su hoguera como holocausto a un ideal que todos sienten, pero que nadie comprende? Oh, es inmenso, poderoso, ese tirano de las almas que las destroza siempre y que raras veces las complace! Con él se sueña aunque la realidad advierta que no llegará nunca. Se le busca aunque se comprenda que traerá

desdichas, amarguras, dolores, inmensos dolores de alma. Se le sigue, a oscuras, sin pensar en el fin; sin vacilaciones, sin reservas. Una mirada de ternura puede producir una catástrofe. Una palabra bondadosa, pronunciada a flor de oído, con sobrecogimiento respetuoso y temblores, suaviza los caracteres más fuertes, alivia los padecimientos más grandes, hace olvidar lo que no es ventura y ensueño, y determina una existencia nueva.

Si asoman lágrimas a los ojos de una mujer, el hombre más duro se desconcierta, tiembla y se rinde, aunque con su abdicación se sacrifique la vida misma. Si no se ama, hay más tranquilidad, pero no hay dicha; si se ama, se sufre, y como se sufre, la imaginación enloquece, pero pasan horas de borrasca que toda inacción trae, y aparecen el cielo más puro y la existencia más amable, y entonces hay placer primero e infinito gozo después; y cuando las llamas del amor devoran toda el alma y a la par brotan pesares y alegrías, alegrías inmensas y pesares muy grandes, entonces

se llega al supremo ardor del placer, porque la verdadera felicidad se incuba en el dolor. Se abre entonces para el alma un nuevo templo, refugio seguro de la ventura, donde todo es ensueño y dulces recuerdos, y florecer de sonrisas de pureza y despertar de santas preocupaciones. Pero si se cierra ese templo para siempre, caen las ilusiones en la sombra, porque se ha terminado el amor de alguno de los pebeteros, y todo se acaba, y viene el eterno sufrir y el sufrir sin esperanza, y no hay luz, ni anhelos, y el sol de la dicha se oculta y el alma se muere en su lecho de dolor, de amargura y de tinieblas.

(De *Nous*).

De Vicente Sacher Sandoval

Nuestros primeros médicos

Nuestros primeros médicos

DURANTE toda la época de la Colonia, hasta los primeros años del siglo pasado, se vió Costa Rica completamente privada de los servicios de médicos y boticas, los cuales eran desempeñados malamente por frailes y curanderos, que se servían de remedios caseros únicamente. Por corto tiempo residieron entre nosotros cinco médicos. El primero que pisó nuestras playas, fué el doctor Esteban Courti o Corti, médico y naturalista que vino allá por 1781 y residió algunos años en Costa Rica, haciendo curaciones más o menos asombrosas, en la opinión de nuestras gentes, y comunicando por todas partes sus conocimientos sobre

plantas medicinales. Tanta impresión hizo Courti sobre el pueblo, que se le tomó por brujo y fué preso y llevado a Guatemala para ser juzgado por la Inquisición.

En 1806, fué enviado a Costa Rica por la Capitanía General de Guatemala el Licenciado en Cirugía don Manuel del Sol, miembro del Protomedicato, para introducir entre nosotros el fluido vacuno y combatir las viruelas que estaban haciendo estragos. Residió dos años en Cartago y otros puntos del país, siguiendo luego para León de Nicaragua en igual misión.

Por los años de 1825 a 1830 estuvieron en Costa Rica dos médicos, de los cuales sólo sabemos sus apellidos, un Flores y un Gutiérrez. Este último estaba también encargado de la propagación de la vacuna. En 1834 ó 35, cuando una compañía inglesa tomó a su cargo la explotación de las minas del Monte del Aguacate, vino a Costa Rica, entre sus empleados, el doctor don Ricardo Brealey, que permaneció varios años en este país.

En ese período, que es el primero de

nuestra historia médica, tuvimos por consiguiente sólo unas visitas cortas de algunos médicos. Por lo demás, vemos a Fray Pablo Bancos administrando el hospital rudimentario de Cartago y curando a otros enfermos como sus pocos conocimientos se lo permitían; al Padre Rafael Arnesto, acompañado de un empírico, vacunando en Bagaces antes de la venida de don Manuel del Sol (ganaban dos reales por cada inoculación); al Padre C. Benavides de curandero en Esparza (que curaba las mordeduras de toda clase de culebras aplicando interior y exteriormente la hiel de víbora o cascabela); a un empírico nicaragüense que se daba el nombre de Doctor Crispín y recetaba entre otras cosas el «caldo de zopilote»; a otro curandero en Heredia que, según dice la crónica, era tan aferrado a un sistema de cierto autor que se titulaba «La purga», que había entregado a la muerte a muchos infelices. Por los años de 1830 ejercía de médico, aunque no lo era, el Bachiller don Joaquín Sáenz, que parece haber poseído conocimientos suficientes.

En vano los diferentes Gobernadores de Costa Rica reclamaban de continuo auxilio de médicos y medicinas a la Capitanía General de Guatemala, cada vez que se declaraba una de las frecuentes epidemias que en aquella época se presentaron en este país; el médico ofrecido para venir a distribuir el fluido vacuno tardó más de veinte años en llegar, y permaneció entre nosotros, como hemos visto, sólo dos años.

Cómo sería el resultado del tratamiento de los empíricos, cuando, a pesar de no haber en el país ningún médico, se daban medidas restrictivas severas contra el curanderismo. En un bando remitido a Costa Rica por el Gobernador Urrutia, de Guatemala, en 1818 para su ejecución, se prohibía vender medicamentos ni materias venenosas, si no eran recetados por los *profesores* (que no existían), so pena de quince días de arresto o trabajo en obras públicas, además de la responsabilidad por los daños causados. La Junta de Sanidad de Heredia, creada para combatir la viruela, prohibía en 1833 el oficio de curandero sin permiso de la Junta,

amenazando al contraventor con tres pesos de multa o un mes de obras públicas con una carlanca al pie, o bien, si se tratase de una mujer, dos meses de servicio en cocinas; en caso de reincidencia la pena era doble; a los curanderos facultados prescribía la Junta la receta que debían emplear: mientras la Junta procedía a facultar a los curanderos de cada pueblo, y éste debía contar con la asistencia y «*pocas luces*» de los inteligentes de su seno gratuitamente. En el mensaje que el Jefe del Estado dirigía a la Asamblea Legislativa en 1829 se dice: que si se compara el número de muertos con el de nacidos, en clima tan sano, se observará que el Estado pierde mucho progreso de su población, ya por la incuria y torpeza con que son tratados los enfermos y principalmente las parturientas, entre la gente ignorante y pobre, ya también por la bárbara indiferencia y abandono con que se miran entre las mismas gentes las enfermedades de los niños; cree el Poder Ejecutivo que esto se remediaría con establecer en las cuatro ciudades principales médicos o faculta-

tivos con dotación bastante de los fondos municipales y una botica surtida por los mismos fondos, siendo deber del facultativo el instruir a las parteras en su operación y a algunos jóvenes que se apliquen o dedique la Municipalidad a ejercer la facultad en lo demás.

En un expediente del año siguiente se encuentra un proyecto del Gobierno para destinar el sobrante de los fondos del Lazareto para dotar un facultativo, «que examinará las medicinas más conocidas para comprarlas y repartirlas a las municipalidades, que las darán gratuitamente a los pobres; el facultativo debe examinar y recetar gratuitamente a los enfermos desvalidos de cualquier pueblo, y, en caso de gravedad, asistirlos en cualquier pueblo, siempre que se le faciliten viaje y medios de hacerlo». Como se ve esto era un principio de la institución de las medicaturas de distrito, sólo que no había médicos para este cargo.

Por los años de 1840 concluyó este desastroso estado de cosas, pues médicos extranjeros empezaron a radicarse en el país y

costarricenses fueron a estudiar medicina al exterior. El primer médico que se estableció definitivamente en Costa Rica fué el Doctor don Nazario Toledo, de Guatemala, padre del actual médico de igual nombre, el cual vino en 1838 y más tarde fué el primer Protomédico. En 1839 ó 1840 siguió el francés Víctor Castella; en 1840 tuvimos por fin el primer médico costarricense, el Dr. don José M^a Montealegre, quien regresó aquel año, después de diez de permanencia en Edimburgo, donde estudió su profesión y que más tarde fué Presidente de la República. En 1843, dos costarricenses más vinieron a aumentar el número de médicos, los Licenciados don Cruz y don Lucas Alvarado, que habían estudiado en Guatemala. De ahí en adelante casi no ha habido un año en que uno o más médicos no hayan ingresado al país y bien pronto ellos formaron un gremio respetable y la humanidad doliente tuvo los servicios y cuidados de que tanto tiempo había carecido.

(De la *Revista de Costa Rica en el Siglo XIX*).

De Arturo Moncada G.

Ideas

Patria universal

Ideas

LA vanidad, juzgada por el poeta Lamartine como «el más torpe de los vicios», y el egoísmo, son la dos enfermedades originarias que han establecido marcadas diferencias entre los hombres, los dos males que, por haberse esparcido con profusión, hoy nos afligen, y los que, si no se opone el medio aislador o fuerza contraria, acabarán por destruir todo lo edificado.

Siendo en nuestra vida organizada, por defecto congénito, por imperfección innata, demasiado egoístas, la cultura (espiritual y moral), es la única encargada de transportarnos de ese antro consumidor, al sereno espacio del altruísmo. Rossi, con pleno

conocimiento de esta observación, afirmó, para delinear los caracteres distintivos de «las muchedumbres» que, cuando ellas son «inferiores», es decir, «salvajes», son «egoístas», y que, por el contrario, cuando son «superiores» se vuelven «altruístas». Y precisamente, en vista de esta observación y, en cuanto a los pueblos se refiere, podemos agregar que todas nuestras equivocaciones, descalabros y furiosos arrebatos contemporáneos, hanse debido a que la cultura, por influencias perniciosas de países y civilizaciones dominantes, no ha podido cumplir fielmente sus nobles fines. Se le ha dejado el nombre, pero, en cambio, se le ha desfigurado su fondo, su esencia.

En nuestros sistemas modernos de práctica y humanitaria educación, siguiendo, como antes dijimos, rumbos extraviados se ha visto, como término exclusivo de aspiración o carrera, obtener el mejor bienestar físico; en otras palabras, cincelar, bajo las benéficas o adversas circunstancias del destino, el material enriquecimiento. Se ha hecho de la juventud y del hombre formado,

preciso es decirlo, verdaderas máquinas de explotación; y lo que es aun peor, a costa de la parte más noble de su existencia, cual es la de su personalidad moral.

Pero si, por deplorable trastorno de una o varias etapas de la humanidad, hemos llegado al pésimo estado en que nos encontramos, cambiando de medios y por consiguiente errando de objeto, si, confundidos, hemos levantado gloriosos pedestales a la fuerza y la a violencia triunfantes, y nos hemos encargado nosotros mismos de difamar la «justicia», el «derecho» y los sentimientos de «fraternidad», que son el germen precioso de esa gran patria con que por ahora soñamos; todavía es tiempo—repetimos—todavía es tiempo de impedir el naufragio universal que nos espera, predicando, con santa abnegación, esos mismos principios de aquella parte del género humano que, alejada de los rojos campos de batalla, aprecia en lo que son y en lo que valen las acciones extraviadas de la otra parte.

(De su folleto *Confederación Hispano-Americana*).

Patria Universal

VANO sueño han dicho unos, realidad futura han afirmado otros; y, bajo la influencia persuasiva de ambas corrientes, opuestas a veces en la vida por la eterna y desesperada contienda del espíritu humano, armonizadas las otras, va sin embargo esta idea, por la enorme virtualidad que la impulsa, lentamente a su realización.

Si no fuera porque la tendencia a formar la gran patria universal se siente más que todo, pero, en la rudeza e incertidumbre de la palabra, como suele suceder con las grandes verdades y sentimientos, no admite exacta expresión; y, si no fuera además por el hondo interés que nos despierta su

elevada y generosa finalidad, no pretendríamos hacer rotundas afirmaciones que, en verdad, todos igualmente podrían hacer sin más previa condición que la de comunicar con honradez las revelaciones de su propia e íntima naturaleza.

Estudiando al hombre en conjunto, es decir, formando sociedad; se observa que en el interior de su corazón existe, como ser consciente, racional, un conjunto de convicciones y afectos que, en definitiva, siendo bien comprendidos y desarrollados darán, como justa recompensa a las caídas dolorosas hechas en el calvario de la perfección, la mayor suma de felicidad relativa. La absoluta no la conocemos.

Toda imagen humana, sea cual fuere su color, raza o condición, porta un misterioso recinto en que guarda, como divina esencia de su personalidad, lo que en último resultado constituye el amor a la Patria. Pero, como parte de este sagrado recinto que contiene limitados afectos, y pudiéramos decir, como complemento indispensable de armónica unidad, hay en él a su vez otras

convicciones más extendidas, comunidad de sentimientos no menos profundos que aquellos, cuyo intenso desarrollo y ejercicio garantizan la fundación de una segunda patria, la gran Patria Universal.

(De su folleto *Confederación Hispano-Americana*).

De Héctor Naranjo

Te adoro

Noche

La muerte de Sancho Panza

Te adoro

Fué una tarde, toda llena de celajes, de rumores,
y de luz...

Fué una tarde en que las flores de la fresca prima-
se mecían [vera,
y alegraban, con la fiesta de sus múltiples colores,
el jardín;

el jardín lleno de aromas, en el cual por vez pri-
yo te ví. [mera,

En el mismo dulce instante en que tus ojos me
te adoré. [miraron,

Tus encantos despertaron el ensueño en mi ador-
corazón... [mido

Y mis pasos, lentamente, de tu lado me arrancaron
mientras tú

te recreabas escuchando de algún pájaro escondido,
la canción.

Desde entonces, el recuerdo de tu rostro dulce
vive en mí [y bello,
y en mi mente aquel destello de tus límpidas pu-
fijo está; [pilas,
como huella de un recuerdo idolatrado; como sello
del dolor...

Desde entonces, ya mis noches, antes dulces y tran-
tristes son. [quilas,

En mis noches, cuando llega la tristeza y se apo-
de mi ser; [dera
imagino que te viera en tu jardín y entre tus flores
cual te ví,
en aquella tarde alegre de la fresca primavera,
que pasó...

Y aun en sueños me persigue de tus ojos soñadores
el fulgor.

(De *Mercurio*, Chile).

Noche

A HORACIO EGUÍA SEGUÍ

¡Silenciosa maravilla! ¡Constelado simbolismo
de la paz!
Bajo el plácido mutismo de tu santa calma inmensa,
noche azul,
van cruzando por la extensa, vaga sombra del
soles mil; [abismo,
que despiertan en el alma del que sueña y del que
la ilusión. [piensa,

Con serena majestad, la Vía Láctea hace derroche
de esplendor
y en la calma de la noche, sus millares de diamantes
vierten luz... [tes,
Y perdida en las distantes soledades, — como un
del cenit, — [broche

una estrella, da el tesoro de sus rayos vacilantes,
sin cesar.

Soberano de la noche, con cien soles coronado,
brilla Orión,
cuyo pecho está cruzado por las pálidas estrellas
del tabalí,
y siguiendo va sus huellas, el fiel Can, acostum-
a vagar [brado
por los campos donde, abiertas, siempre están las
del azul. [flores bellas,

Como un faro del abismo, riega Sirio su argen-
clara luz [tina,
y La Nave diamantina, por él guiada, va en su viaje
sideral...
El Cochero, en su carruaje, por las sombras se en-
con pavor, [camina
porque ha visto al Escorpión, que enceguedido de
va tras él. [coraje

Allá al Norte, se levantan — asombradas — las
a mirar [dos Osas,
las estrellas misteriosas, que componen la lucente
Cruz del Sur
y se asoman, por Oriente, dos planetas, cual dos
de un jardín; [rosas
de un jardín que, en los espacios, ha podido libre-
floreecer. [mente

Noche, augusta, toda plena de misterios, de crea-
y de paz: [ciones
En las mil constelaciones de tu manto, se halla
noche azul!, [escrita,
esa página infinita, donde están las soluciones
que entrevé,
— tras tus sombras sacrosantas — solo el alma en
la ilusión! [que palpita

(De *Ideal*, Bogotá).

La muerte de Sancho Panza

UNA semana hacía que la buena de Teresa miraba con dolor que a su marido Sancho Panza se le llegaba el fin de los suyos.

Con cristiana resignación, esperaba el fiel escudero la llegada de esa espantable mensajera, que llaman muerte y — a veces—cuando notaba muestras de tristeza en su mujer, solía consolarla, poniendo algunas concertadas razones, entre la sarta de sus refranes.

—¿No ves, mujer, —decíala—que Dios, Nuestro Señor, así como puso el sol en los cielos, para librar a los hombres de la obscuridad, hizo la muerte para librarles de

los males de la vida? Y no debes afligirte, pues hoy por mí y mañana por ti; la muerte, como la marea, a nadie espera. Aunque buenos azotes me costara, buen gobierno tuve y no de un pequeño estado, sino de grande y verdadera ínsula. Mis ojos han visto lo que jamás otros ojos vieran. He visto,—en aquella venta encantada—a mi señor don Quijote, a quien Dios dé gloria, trabarse en descomunal batalla con un grandísimo gigante y partirlo por el medio, como si hubiese sido un corderillo; he visto princesas tornarse, mal de su grado, en desaliñadas labradoras y he visto...

—¡Mucho, Sancho amigo, te queda por ver! Si no, díganlo nuestros nietos, los hijos de Mari-Sancha y los de Sanchico, que ya hacen de cuentas que su agüelo, algún día, ha de encontrar otra ínsula, más estable, que dejalles.

—¡Dios, Nuestro Señor, los libre de ínsulas!—interrumpió Sancho en este punto.—¿Por ventura no te basta mi experiencia con aquel escomulgado doctor Recio y con todos aquellos revolucionados insulanos?

Necio fuí al acetar la propuesta de mi señor don Quijote, de irnos buscando aventuras por el mundo. Bien se está San Pedro en Roma y bien nos estábamos el Rucio y yo aquí en el pueblo, en vez de ir a pasar días con hambre, noches en vela y meses de desventuras. Y ¿qué necesidad teníamos, el Rucio y yo, de andar caluniados en esas historias que dicen que escribió un moro encantador?

A buen seguro que Sancho hubiera proseguido en sus lamentaciones, si en ese momento no hubiese acertado a entrar en el cuarto, el menor de los hijos de Mari-Sancha,—todo azorado y con la color encendida de puro agitado;—con la noticia de que el señor cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, estaban a la puerta, esperando saber cómo iba de salud el abuelo.

Disponíase Teresa a recibir los visitantes, cuando aparecieron éstos a la puerta del cuarto.

—¿Cómo váis, Sancho amigo?, — preguntó el cura.

—Más aprieta de lo que yo quisiera, pe-

ro creo que tarda muy poco el fin desta mi última aventura. Grande honor me hacen las vuestras mercedes, viniendo a informarse del estado de este pecador; que ya no lo será por muchos días en este mundo.

—¡Déjese el buen Sancho de decir tales cosas!—interrumpió Maese Nicolás;—vea de mejorarse y Dios le deparará larga vida y buena suerte.

—Decía una mi agüela, señor barbero, que la muerte llega más apriesa que la suerte, y debe ser verdad, pues yo he pasado mi vida esperando la fortuna y jamás la he visto el rostro, mientras que, sin haber deseado ver la muerte, la tengo agora aquí, bien junto deste lecho. Y por lo que hace a vivir más años, diré a vuestras mercedes, que una vez le oí decir a un predicador, que la vida es como la mujer: si es buena, con una basta, y si es mala, con una sobra. Yo he vivido mi vida como un buen cristiano; he sido simple, pero bien intencionado; rústico, sin ser grosero; a nadie he hecho mal, he amado la paz, y salgo del mundo, como llegué a él...; ni pierdo ni gano. El único